

Hablemos, pues, algunos instantes de aquel sacratísimo Nacimiento, del que toma aquel día toda su hermosura, toda su celebridad, todas sus delicias. «Había llegado—dice Santo Tomás de Villanueva—aquella sagrada hora tan brillante, tan dulce; hora bendita más que todas las otras, hora preparada desde el principio para ser la consolación del mundo. Hallábase la noche en medio de su carrera, cuando de repente el rostro de la Virgen cambió completamente; sus mejillas se cubrieron de un encarnado muy vivo; su semblante, pálido de ordinario, se dejó ver con todo el brillo de la púrpura, de modo que podía comparársele á un entretejido de lirios y de rosas. Y al momento su felicísima alma fué animada de un fervor extraordinario é inflamada de un extremado amor; Ella temblaba de emoción, su sangre hervía en las venas, su tierno y delicado pecho se dilataba no pudiendo contener aquel mar de júbilo que le agitaba. ¡Oh Virgen bendita! llena del espíritu de Dios, abrasada de amor, con los ojos y las manos levantadas al cielo y con las rodillas dobladas en tierra, esperaba el feliz instante de Dios. José se hallaba presente, admirado y lleno de una inexplicable alegría; oraba y esperaba con santa impaciencia el éxito de aquella maravilla, cuando de repente salió del seno virginal aquel hermosísimo Niño, que comenzó desde el momento á palpar y á gemir desde la dura tierra ¡Niño omnipotente! ¡Niño admirable, en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Niño pequeño y Dios inmenso á la vez! Del mismo modo que el sol se levanta resplandeciente y majestuoso del seno de la purpúrea aurora; del mismo modo que el rayo de luz atraviesa el cristal sin romperlo; del mismo modo que la estrella difunde su brillo y la rosa de la primavera exhala su dulce perfume, así también esta bella Virgen dió á luz el Salvador.» Hasta aquí son palabras del Santo; ellas nos hacen saber las principales circunstancias del Sagrado Nacimiento de nuestro adorado Redentor; meditémoslas bien, y con esta meditación conseguiremos el ver arraigada en nuestros corazones la verdadera piedad y juntamente con ella el amor de Jesús.

M. M. S.

---